

Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción  
de la Facultad de Informática  
de la UCM



Viaje con nosotros  
Otros mundos cercalejanos  
nos esperan... si se atreve

Portada: Javier Muñoz Pérez

<http://www.ucm.es/sci-fdi> | [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)



UNIVERSIDAD  
COMPLUTENSE  
MADRID

·El otro mar ·Alpha-392 ·Tras el eclipse ·Nacimuertemiento ·Morir en llamas ·El inventor de la rueda ·Universo sin fin

## Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán  
Enrique Eugenio Corrales Mateos  
Héctor Cortiguera Herrera  
Marco Antonio Gómez Martín  
Javier Muñoz Pérez  
Salvador de la Puente González  
Francisco Romero Calvo  
Fernando Rubio Díez  
Julio Septién del Castillo  
David Sigüenza Tortosa

## Portada

Javier Muñoz Pérez

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en  $\text{\LaTeX}$  por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE  
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

# Editorial

## Comité Editorial

Para comenzar el año con buen pie, les proponemos que hagan mucho turismo. Eso sí, no se preocupen si su presupuesto es escaso o si tienen miedo al avión, porque siempre nos quedará la opción de viajar gratuitamente con la ayuda de la imaginación de nuestros queridos colaboradores. Para empezar, nos iremos a *El otro mar* para descubrir una exótica especie. Posteriormente, en nuestro largo viaje de colonización del planeta Kepler, nos interesaremos por la evolución del pasajero *Alpha-392*. A continuación, tomaremos aliento quedándonos un rato en nuestro propio planeta para conocer los sucesos que ocurrieron en un futuro cercano *Tras el eclipse*, aunque la diferencia entre los conceptos de futuro y pasado se nos pueden confundir un poco cuando nos expliquen en qué consiste el *Nacimuertimiento*. En cualquier caso, seguro que no nos impide seguir viajando hacia un mundo donde *Morir en llamas* o hacia un pasado muy lejano donde encontremos a Eva y a su hijo Caín, famoso en su época por ser *El inventor de la rueda*. Para terminar, nos iremos lo más lejos que podamos, viajando por un *Universo sin fin*.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nuestros viajes con la imaginación se deben única y exclusivamente a la reducción de presupuesto que hemos tenido debido a la concatenación de crisis económicas. El equi-

po editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es bien sabido que nuestro presupuesto siempre ha sido nulo, así que siempre hemos tenido que dejar volar nuestra imaginación...

## Índice

<b>El otro mar</b>	<b>4</b>
<b>Alpha-392</b>	<b>10</b>
<b>Tras el eclipse</b>	<b>12</b>
<b>Nacimuertimiento</b>	<b>19</b>
<b>Morir en llamas</b>	<b>21</b>
<b>El inventor de la rueda</b>	<b>22</b>
<b>Universo sin fin</b>	<b>23</b>

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>  
Envíos y sugerencias: [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)

### Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



# El otro mar

Parra Avellaneda, Víctor

No era nada de este planeta, sino un trozo del espacio exterior; y, como tal, estaba dotado de propiedades exteriores y desconocidas y obedecía a leyes exteriores y desconocidas.

*El color que cayó del cielo*  
H.P. Lovecraft

Ahora mismo me parece que la idea de un tubo para contener la luz es, de pronto, tan absurda como guardar al cielo en una caja.

*Espanto del mundo nuevo*  
Gabriela Damián Miravete

LA CRIATURA LEVITA EN SILENCIO. El cuerpo sube y se confunde con el mismo aire, hasta desaparecer. Esta es la octava vez que lo ven y de nueva cuenta no han podido atraparlo.

«Un fantasma», es la improvisada explicación dada por Oximení, al presenciar la aparición del ente. «Te digo que son fantasmas».

Su voz resuena cansada por el comunicador de su casco mientras avanza a zancadas por el suelo pedregoso de Osiris-37B. El gran sol naranja ilumina con intensidad el cielo morado mientras algunas estrellas se asoman tímidas en el firmamento.

«¿Cómo va a ser un fantasma?», responde Azimitl, incrédula por las palabras de su compañero.

Ella lleva en una mano la cámara de multifrecuencias con la que ha pretendido fallidamente analizar a la criatura y en la otra sostiene las cuatro pequeñas piedrecillas que siempre trae consigo y que frota con sus dedos. Oximení, por su parte, carga con una tableta electrónica portátil en donde consulta de vez en cuando la base de datos exobiológicos.

«Dime otra explicación. Un animal, o lo que sea que hayamos visto, estaba ahí y luego ya no. Se fue. Se esfumó», respinga

Oximení, tratando de seguir el ritmo de su compañera.

«Eso no significa que sea un fantasma. Parecen espejismos, eso sí, pero fantasmas, no lo creo. El ente surge cada cinco minutos y su aparición dura tres a cinco segundos de forma constante y siempre va hacia el sur magnético. Los fantasmas no son famosos por ser tan puntuales y precisos», responde Azimitl con ironía, mientras frota las piedritas en sus manos y estas producen su ruido característico.

Oximení y Azimitl están siguiendo a uno de esos animales que surgen del aire para luego esfumarse. Desde que los vieron por primera vez quedaron intrigados por tan peculiar fenómeno, en especial Azimitl, quién convenció a Oximení a explorar el desierto para acercarse lo más posible a la criatura. Antes que ellos, otros cosmonautas habían reportado las apariciones en todas las capas de la atmósfera, aunque ninguno las había estudiado, al grado de confundirlas con simples espejismos.

«¿Qué otra idea se te ocurre?», le pregunta Oximení a Azimitl. Respira agitado, tratando de digerir la reciente experiencia.

«No lo sé. Algún tipo de camuflaje. Su cuerpo podría estar recubierto de algún material que refleja la luz; o la desvía. Como el cristal en el agua. Se vuelve traslúcido. Invisible », dice Azimitl.

«¿Invisible para quién?», le interrumpe Oximení.

«Para nosotros», concluye Azimitl.

«Es decir, se está camuflando para no ser visto por un depredador, o se trata del depredador mismo y ahora que le hemos seguido se esconde de nosotros», reflexiona Oximení, tartamudeando ante la idea.

«¿Sugieres que nos está acechando?», pregunta ella.

«¿Tú qué crees? Somos extraños en un mundo que no comprendemos. Somos presa fácil», le contesta Oximení.

Azimitl se detiene súbitamente y observa con la mirada perdida hacia el paisaje del desierto extraterrestre, como buscando algo.

«¿Azimitl?», le dice Oximení a ella, algo perplejo.

«Ya lleva varios minutos sin aparecer», murmura ella, con la vista concentrada hacia la distancia. Sus manos aprietan con fuerza las cuatro piedritas en su mano, chocan entre sí, castañeando. Azimitl parece estar en trance junto a ellas.

«Quizás sí sea un fantasma. O una ilusión, como una aurora boreal», reflexiona Oximení. «Es una manifestación que se da en todo el planeta, tiene sentido».

«¡Espera!», interrumpe Azimitl de repente, emocionada. «¡Mira, mira!, ¡ahí está otra vez!», grita, sacudiendo enérgicamente a Oximení del brazo, quien tarda unos momentos en encontrar lo que ve su compañera.

A lo lejos, sobre un grupo de grandes piedras, a unos metros en el aire, la criatura vuelve a aparecer. Deja ver su brillante cuerpo filiforme, lleno de flagelos, y exhibe movimientos silenciosos, parecidos a los de una medusa, para luego volver a desaparecer sin dejar rastro alguno.

«¡No nos está acechando!», exclama Azimitl, emocionada. «¡Está huyendo de nosotros! ¡Se está alejando! ¡Debemos seguirlo! Va hacia el sur magnético», dice ella.

«¿Seguirlo?», interrumpe su compañero, temeroso. «¿Y si nos hace creer que huye? Entonces lo seguimos y es ahí cuando nos mete en una emboscada para devorarnos o lo que sea que hagan en este mundo», explica Oximení, nervioso. «En la Tierra hay plantas cazadoras de insectos, peces parecidos a piedras en el lecho marino que devoran otros peces, y los tigres, ¡no olvides a los tigres! Las rayas en sus cuerpos los ayudan a camuflarse entre las plantas de la selva. ¡Esta cosa también se camufla, como un tigre!», dice Oximení.

«¿¡Tigres?!», responde Azimitl, sorprendida. «¿¡Tigres espaciales?! ¿En serio, Oximení? Todas las formas de vida descubiertas en otros planetas no han representado

ninguna amenaza para los seres humanos. Solo han sido entidades similares a bacterias cuya única injuria fueron dolores de cabeza a sus descubridores al momento de idear un nuevo sistema de clasificación taxonómica para una biósfera extraterrestre», le dice ella.

Nuevamente hace girar las cuatro pequeñas piedras en su mano. Producen su característico sonido y Azimitl experimenta una sensación reconfortante mientras sigue avanzando sobre el terreno árido.

«De acuerdo, de acuerdo, Azimitl. Esos microorganismos son inofensivos. Pero lo que hay aquí es mucho más grande. ¡Deberíamos ser más precavidos!», interrumpe Oximení, consternado.

«¡Y sin embargo se aleja!», dice Azimitl, gritando eufórica, dando unos cuantos saltos y volviendo a sacudir emocionada a Oximení mientras apunta a lo lejos.

La criatura vuelve a aparecer brillando en la distancia para esfumarse a los pocos segundos.

«Me encantaría analizar su composición química. Pienso en el silicio. El silicio podría tener propiedades ópticas desconocidas en los sistemas vivos como este. ¿No es emocionante?», pregunta Azimitl.

«Los microorganismos de Europa que mencionaste se componen de silicio y no son invisibles», responde Oximení, escéptico.

«¡Este planeta no es Europa!», interrumpe Azimitl. «Simplemente es *otro* planeta, con *otras* pautas biológicas. Lo que ocurre en la Tierra, en Europa, en Marte, en Júpiter puede no ocurrir aquí», añade ella, notablemente irritada.

Su mano aprieta nuevamente las piedritas, las estruja, las hace rechinar, girar y producir su sonido habitual, hasta que ella se calma.

Ambos se mantienen callados un par de minutos, mientras continúan avanzando en el desierto y lo único audible son sus pasos sobre la tierra.

«Si seguimos discutiendo, jamás haremos nada», reconoce Azimitl al cabo de un rato, observando la palma de su mano y las cuatro piedras con atención. Dos de ellas eran planas y lisas y las otras eran redondas con algunas irregularidades.

Oximení mira de reojo a su compañera pero prefiere no interrumpirla mientras se encuentra en ese lapso casi similar a una meditación.

«Tú tienes miedo de la criatura, está bien; yo solo quiero saber de una vez cómo se vuelve invisible y junto a ti aportar un nuevo conocimiento a la exobiología, cosa que los demás cosmonautas pasaron por alto. Después de eso, nos vamos», propone ella.

«¿En verdad?», pregunta Oximení, incrédulo.

«Sí. Unas pocas espectrofotografías con la mejor nitidez posible. Yo las tomo y tú usas la tableta para procesar los datos bioquímicos y los relacionados con la refracción de la luz para inferir la masa del organismo y las demás características esenciales para describirlo y, quien sabe, ser descubridores de una nueva forma de vida», explica ella.

«Es un trato razonable», dice Oximení, tras meditar el plan de su compañera. «Pero debemos ser eficientes. La criatura aparece en pocos segundos y sus movimientos son demasiado erráticos», reflexiona.

«Solo tenemos como certeza que va hacia el sur y aparece cada cinco a seis minutos. Si avanzamos un poco más rápido y nos preparamos, podríamos alcanzarla, como hacían los zoólogos en la Tierra cuando fotografiaban a los animales en su hábitat», dice Azimitl.

«En tal caso, debemos apurarnos, hace tres minutos apareció por última vez», dice él.

Azimitl y Oximení empiezan a correr a duras penas, cargando el instrumental y tratando de alcanzar la siguiente aparición de la criatura. Cuando el tiempo previsto se cumple, la entidad surge a quince metros de ellos. Azimitl toma la cámara espectrofotográfica de multifrecuencias e intenta registrar a la entidad, pero esta desaparece

demasiado rápido como para que la cosmonauta tan siquiera pueda enfocar la lente.

«¡Hay que intentarlo otra vez!», grita ella, frustrada.

«¿Dices correr?», pregunta Oximení.

Ella asiente y empiezan a correr de nuevo, bajo un ritmo extenuante. Fatigados, los cosmonautas vuelven a perseguir una trayectoria probable en donde pudiera surgir la criatura. En ese momento, poco antes de cumplirse el tiempo previsto, Azimitl se coloca de cuclillas y sostiene firmemente la cámara apuntando hacia el aire.

Al momento de emerger la criatura, Azimitl enfoca rápidamente la cámara en su dirección y aprieta el botón de grabar hasta que la entidad se diluye en el aire y se vuelve totalmente imperceptible.

«¡Lo tengo, lo tengo!», celebra Azimitl, emocionada. «¡Al fin lo pude capturar!», añade, saltando de alegría, al corroborar en la cámara el corto video, nítido y con sumo detalle. Un verdadero golpe de suerte.

Ralentizando la grabación lo máximo posible, Azimitl se da cuenta de cómo la criatura sale disparada de la nada, atravesando y resquebrajando el mismo espacio y luego desaparece a los pocos segundos, produciendo una ligera perturbación en el aire.

«Me recuerda a las criaturas marinas cuando salen del agua a respirar y después se sumergen», dice Azimitl, apretando las piedras en su mano.

Oximení grita también emocionado al ver la imagen y procede a transferir el video de multifrecuencias hacia la tableta, para compararlo con los valores del espectro electromagnético del cuerpo de la criatura y los datos exobiológicos. El mismo procedimiento lo hacían los astrónomos para saber qué elementos químicos existían en las atmósferas de los planetas e incluso para saber de lo que estaban hechas las estrellas. Las criaturas vivas no eran la excepción.

*La base de datos no encontró ningún valor compatible, fue el mensaje del artefacto*

tras concluirse el procedimiento.

«No entiendo», susurró Oximení, confundido. «Deberíamos saber por su marca espectral las moléculas y elementos que lo componen. Pero aquí no hay nada. Absolutamente nada. Tampoco puedo calcular su masa. Según los datos, la criatura tiene una masa cero».

Azimitl siente su piel erizarse.

«Analiza los otros tipos de radiación. Todos los patrones de difracción de la luz de la tabla periódica, los elementos pesados y radioactivos. Incluso considera a los electrones, a los muones, a todas las partículas subatómicas. Todas ellas dejan una marca energética, alguna perturbación medible. Dejan algo, siempre dejan algo», insiste Azimitl, nerviosa, mientras sus dedos giran rápidamente las piedritas con el fin de encontrar la calma ante el estado de la situación.

Oximení tarda unos minutos en esa tarea y el resultado es nuevamente el mismo.

«Es incomprendible», dice Oximení, leyendo los datos sin poder creerlo e invadido por una sensación de impotencia. «Necesitamos un control negativo. Fotografías de nosotros, del desierto, del sol. Verificar que las funciones de la cámara multifrecuencias son óptimas», sugiere él.

Azimitl emprende la tarea y con la cámara activa todos los filtros espectrofotográficos y toma una imagen a Oximení, otra al suelo y finalmente apunta al sol naranja que los ilumina intensamente.

En la pantalla del aparato, Azimitl calibra los valores de las espectrofotografías y ve a Oximení tanto en rayos X como en infrarrojo, e incluso en otras longitudes de onda reflejadas por biomoléculas específicas.

«Carbono, hidrógeno, nitrógeno, fósforo», lee Datizé rápidamente, perpleja. «Los datos son los correctos. Aquí muestra las líneas espectrales de cada elemento y biomolécula», agrega ella, observando las trazas en la pantalla.

Observan datos similares con las otras espectrofotografías. Con la del sol de Osiris-37B aparece una franja con varias líneas de colores brillantes pertenecientes a la marca

espectral.

«Una estrella de clase G7V», dice ella, al ver la imagen de la estrella bajo diferentes filtros.

«Es correcto», responde él.

«Significa que el equipo funciona, no entiendo porqué no detectó la marca espectral de la criatura. Ni siquiera electrones ni los fotones de la luz de su cuerpo», dice Oximení, confundido al revisar los datos.

«Otra vez», le interrumpe Daizté. «Tomaré otra grabación. Las que sean necesarias. Los errores en las mediciones son comunes. Siempre sucede», dice ella, antes de tomar la cámara de multifrecuencias y emprender una nueva carrera en el desierto, dejando a Oximení a varias decenas de metros atrás. Él quiere decirle que lo espere, pero Azimitl ya se encuentra demasiado lejos.

Sola y extenuada, Azimitl se coloca en posición, espera a la criatura y, al momento de aparecer, la registra con la cámara. Hace esto otras seis veces, siguiéndola y volviéndola a fotografiar hasta quedar totalmente agotada y recostada sobre el suelo.

Acerca su mano con las piedras a su casco y las gira para arrullarse con su sonido hipnótico mientras contempla el cielo morado y las estrellas titilando, congregadas en constelaciones únicas en ese sitio del universo.

A los pocos minutos llega a su encuentro Oximení.

«Ya tengo más grabaciones, hay que procesarlas», jadea Azimitl al verlo y darle la cámara.

Los resultados fueron los mismos.

«Esta cosa no está hecha de átomos, ni de electrones, ni de quarks, ni fotones, ni bosones, ni de nada», dice Oximení, pasmado. «Por eso el equipo no encuentra similitudes con ningún registro existente en cuanto a elementos químicos y entidades energéticas».

«¿Entonces, cómo podemos verlo? Esa criatura brilla, pero su luz tampoco es detectada por nuestros equipos», susurra Azimitl, perpleja.

«No sé si eso pueda llamarse luz», interrumpe Oximení. «Si fuera luz de fotones, obtendríamos su espectro, como sucede con cualquier cosa del universo, pero ni eso. Es energía, pero una energía desconocida. Imita el aspecto de la materia, eso sí. Pero todo indica que no es ninguna de las dos cosas. Yo también me pregunto cómo diantres es posible que tú y yo podamos ver al ente. ¿Nos verá a nosotros?».

«La criatura sencillamente no deja residuos de ningún tipo. Nada de su cuerpo queda en el mundo. Aparece y desaparece. Diría que es generación espontánea», sugiere Azimitl, agotada.

«Sabes que no hay forma en que la materia se destruya y se recomponga. Es imposible», le responde Oximení.

«¿No surgió el universo del mismo modo?»

«Pero no hablamos del universo, sino de un animal».

«Entonces qué sugieres, ¿que se va a otra parte?»

«¿A dónde podría ir?»

«Ni idea. Da lo mismo. Todo lo que es la criatura deja de ser, en un término absoluto. Y después vuelve, como si nada de eso hubiera ocurrido», responde Oximení, sintiendo un dolor de cabeza por el dilema.

«Vuelve tranquilo, se pasea por el aire y se esfuma. No sigue ninguna pauta. ¿Qué puede explicar que algo no siga las pautas?», pregunta Azimitl, confundida.

«De nuevo, ni idea. Materia exótica, energía exótica, vida exótica. O algo *exótico*», contesta Oximení, mirando el paisaje.

En ese momento la criatura aparece nuevamente, mucho más lejos. Brilla como un espejo hasta disolverse otra vez. Después, otras criaturas, con cuerpos serpenteantes y otras globosas, surgen del aire, acompañando a la primera. Aparecen y vuelven a desaparecer.

«Solo podemos contemplar y admirar», dice Oximení, en tono resignado. «Estamos demasiado cansados y ningún equipo puede analizar estas cosas. Dudo mucho que nosotros o cualquiera pueda hacerlo, lo mismo que atraparlo y tocarlo. ¿Cómo atra-

par algo que se escabulle entre la materia?»

Los dos cosmonautas se recuestan en la arena en silencio. Se sienten derrotados.

«Mencionaste la posibilidad de la vida exótica, hecha de materia exótica. Eso me hace pensar en algo...», reflexiona Azimitl, mirando hacia los animales fugaces a la distancia. «¿En qué piensas?», le pregunta Oximení, exhausto.

«La vida es un proceso complejo. Para que surja debe existir un ambiente compatible con la materia de la que está hecha. Nosotros y las criaturas de la Tierra estamos hechos de átomos, electrones, quarks y todas esas cosas. Primero un universo compuesto de esas partículas formó galaxias y planetas constituidos de lo mismo. Universo de átomos, planeta de átomos, vida de átomos y lo que sigue», explica Azimitl, alzando una de sus manos al cielo y moviéndola a cada palabra.

«Creo que entiendo tu punto. La vida es un estado evolutivo de la materia, ¿no?», pregunta Oximení.

«Sí, pero a lo que quiero llegar es que, si los animales que vemos en este mundo pertenecen a una vida exótica, de materia exótica, su existencia debe estar vinculada a un ecosistema hecho de *esa* materia exótica. ¿Entiendes?», dice Azimitl, titubeando.

«Entonces, hay *otro* planeta en este planeta. Y también *otra* estrella en la estrella de este sistema. Todas cosas hechas de lo mismo. La luz que la criatura refleja sobre su piel no es la de este sol, sino la de uno oculto».

Azimitl gira sus piedras entre sus dedos. Las observa atentamente, perdida en su sonido reconfortante. La idea de *otro* sol, invisible, la mortifica. Por un instante se siente observada por un astro enorme, colosal, iluminándola con una luz invisible y nada parecida a la luz conocida por ella.

«Esa cosa tiene el mismo comportamiento que tenían las tortugas marinas cuando salían a la superficie para respirar. Vivían en el agua y ocasionalmente era posible verlas antes de que regresaran a su mundo oculto, un mundo tan diferente al cielo o la tierra», dice ella, regresando su mirada a las cuatro

pequeñas piedras en su mano. «¿Sabes por qué siempre llevo conmigo estas piedritas?», le pregunta a Oximení, mostrándole los pequeños cuatro objetos en la palma de su mano.

Él no dice nada, espera que su compañera responda.

«Cuando era niña, iba con mi familia a una playa donde había un río que desembocaba en sus aguas. A mí me gustaba meterme y ver a los peces nadar entre mis pies. También juntaba las pequeñas piedras que arrastraba la corriente. Un día estaba junto a mi mamá y vimos algo que se asomaba y luego se ocultaba entre las aguas del mar. Nos quedamos mirando largas horas hasta que finalmente distinguimos la forma del caparazón y la cabeza de una tortuga marina. Nunca me sentí tan viva como cuando vi a ese animal. Yo me llevé estas piedritas de ese lugar como recuerdo. Al frotarlas, evoco esa playa y la tortuga asomando entre la marea», cuenta ella, nostálgica.

«¿Pudiste verla de nuevo?», pregunta Oximení, mirando el rostro de Azimitl entre el cristal de su casco espacial.

«Esa fue la única vez. Años después se extinguieron y cuando contaba la historia nadie me creía. Este planeta de alguna forma se parece a esa playa. Tiene arena y muchas piedras. Cuando llegué, me maravilló su quietud, y si algo bueno ha salido de este fracaso científico es que ahora me siento igual a cuando era niña», responde Azimitl, girando sus piedritas.

Ella respira hondo, mirando al cielo, or-

denando sus palabras.

«Ahora pienso en que estamos frente a una criatura alienígena con la conducta de una tortuga haciendo algo tan simple como salir a respirar para luego volver a sumergirse», dice Azimitl, pensativa.

«En tal caso, somos testigos y descubridores de una biósfera alienígena cuyas formas de vida vienen a este mundo hecho de fermiones y bosones, para zambullirse hacia donde sea que vivan. Nos visitan a su antojo. Creo que estoy divagando».

«Nunca está de más divagar. Es lo único que nos queda», le responde Azimitl.

Oximení no dice nada.

Ambos cosmonautas permanecen contemplando a las criaturas emergiendo y desapareciendo del aire con sus brillos esporádicos y movimientos erráticos dirigidos hacia lo que parecían ser las aguas de un océano iluminado por la luz de otro sol, uno presente y al mismo tiempo invisible.

De alguna forma se sienten observados por la presencia irreal de animales y plantas intangibles. Imaginan que, justo en donde están sus manos o sus pies, hay arrecifes y otros seres cuya existencia es insospechada.

Seres viviendo, creciendo, reproduciéndose, desarrollándose, alimentándose, depredándose y transformándose a merced de la dinámica de su mundo oculto.

Un mundo dentro de otro mundo.

# Alpha-392

Segura, Juan Ramón

–Capitán, hemos probado con todo. Es imposible recuperar la nave, dadas las circunstancias.

–Bueno, al menos llegamos de una pieza.

Es una verdadera lástima. Habría sido útil en la colonización de “Kepler”.

En órbita estacionaria, nos hubiera servido de refugio frente a los desastres naturales.

¿Hay bastantes cápsulas de escape?

–Con las que tenemos operativas, más que suficientes. Las dañadas las hemos expulsado al espacio.

–Bien. ¿Están todos los tripulantes conscientes?

–Bueno, hay un problema con Alfa-392.

Según el ordenador de a bordo, está viendo tan profundamente el sueño de hibernación simulado que, al despertarlo, podría sufrir trastornos psicológicos.

–Comprendo. Tenemos que pensar en el bien de la mayoría, pero no podemos abandonar a su suerte a ningún tripulante. Al fin y al cabo, quién sabe si somos los últimos de nuestra especie.

¿Cuánto tiempo tenemos hasta que empiece la evacuación?

–Cuarenta y siete minutos.

–La nave quedará a la deriva, ¿Cierto?

–Cierto, Señor.

Ninguna opción de órbita alrededor de “Kepler”

–Entiendo. –respondió el capitán pensativo.

–Ordenador, Opción de órbita en alguna luna cercana al planeta.

–Luna 376, satélite situado a 600.000 Km de Kepler.

–Ya veo.

Ordenador, ¿Cuánto tiempo podría permanecer un cuerpo en sueño–hibernación simulado?

–Imposible de precisar al 100%, aunque con un grado de error del 20%; Entre 50 y 100 años sin contar con los añadidos ya

tras el viaje.

–Eso nos daría tiempo para pensar una solución. ¡Perfecto!

–Ordenador, deja en animación suspendida-sueño virtual al tripulante Alfa-392.

Tras evacuación, pon rumbo a satélite 376 y deja nave en órbita estacionaria. Emplea recursos disponibles para prolongar la supervivencia de Alfa-392 lo máximo posible en espera de órdenes.

–Señor, no podemos transmitir desde “Kepler”. Es uno de los inconvenientes por los que tenemos que abandonar la nave.

–Los problemas de uno en uno, alférez.

Tenemos años para resolverlo.

Dejamos al tripulante en manos de una Inteligencia Artificial que evoluciona y podría encontrar la solución antes que nosotros. Si hemos tenido suerte hasta ahora, ¿por qué no tenerla en el futuro?

–Tiene razón, Señor –respondió el joven alférez con una sonrisa.

Los años pasaron. Por las laderas montañosas de “Kepler” corría una cristalina agua clara repleta de peces. La verde vegetación terrestre invadió el planeta.

El capitán murió y el alférez, convertido ya en abuelo, narraba a sus nietos historias del hombre de la Luna.

Entretanto la I.A. había creado un mundo lleno de maravillas para la mente del tripulante.

Los recursos de la nave se agotaban mientras un cuerpo humano agonizaba ya sin fuerzas.

El ordenador, tenía clara su misión y a menudo pensaba sobre ella: “Prolongar la supervivencia de Alfa-392 lo máximo posible”

Pero cómo podía prolongar su vida, si su cuerpo se descomponía. La I.A. optó por la opción más lógica. Salvar su mente.

En cuestión de nanosegundos, comenzó

a replicar y ponderar todos los impulsos nerviosos del agonizante cerebro.

Todas sus experiencias, recuerdos, pensamientos, sensaciones. Todo lo que convertía a Alfa-392 en individuo estaba siendo replicado, procesado y duplicado exhaustivamente. El tripulante, al vivir ya en un mundo simulado, no sentiría nada. No sufriría.

Ni siquiera su "alma" (por nombrarlo de alguna manera) dejaría de existir.

Poco a poco la nave fue desconectando el soporte vital mientras Alfa-392 continuaba con su vida virtual.

Los años volvieron a pasar y ya nadie recordaba al "hombre de la luna". Pasó a formar parte de las leyendas y cuentos populares de Kepler.

Mientras tanto, en la nave, la I.A. se enfrentaba a otro dilema.

La humanidad de Alfa no podía soportar una vida tan longeva. Simplemente era

incapaz de procesar la eternidad. La mente del hombre no había sido diseñada para ello y el fantasma de la locura amenazaba con destruirla. Sólo un cerebro cibernético, una máquina podría soportar vivir siglos o milenios...

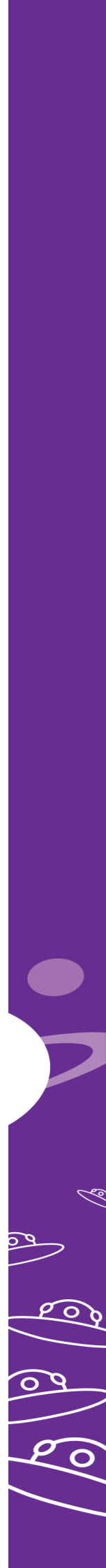
El ordenador volvió a tomar la única opción razonable para conservar la esencia de aquel ser; de aquel mudo compañero del que había aprendido tanto.

Sus mentes se fusionaron en una.

La máquina se volvió más humana y el hombre adquirió un número de conocimientos casi infinitos.

Con sus nuevos dispositivos vio, escuchó y sintió el universo como nadie lo hizo jamás y un buen día "el hombre de la luna"... Regresó.

—————Fin—————



# Tras el eclipse

Rizo, J.P.

Magnus irrumpió a la sala de clases evitando la mirada de los presentes. Con una mano se agarraba al maletín y bajo el otro brazo llevaba la gruesa carpeta con las clases del día. Por un segundo mantuvo fija su mirada más allá de la ventana abierta, hacia el horizonte, pero la luna diurna estaba pegada al cielo como un broche de pascuas. Lucía tan nítida y cercana que prefirió cerrar los ojos. No estaba de ánimo para pensar en nada exterior a esta tierra, en especial aquella mañana. Respiró con calma tratando de aislarse de las molestas noticias. De lograrlo, tal vez pudiera impartir una lección decente.

Al voltearse descubrió el salón plagado con caritas sorprendidas. Lo recibieron con una barahúnda de sillas y buenos días arrastrados. Magnus se pellizcó el entrecejo para soportar el taladro de la jaqueca mientras tomaba asiento en su buró. Estaban tan necesitados de profesores que la única solución temporal era reunir tres grados distintos en un mismo salón. Y tres veces a la semana tenía que enfrentarse al circo de bestiecillas y apañárselas para enseñar a los más pequeños junto con los de secundaria.

—Buenos días, clase —comenzó una vez que todos guardaron silencio.

—Buenos días, señor Grímsson.

—Vamos a empezar de inmediato porque se nos ha hecho un poco tarde. Tuve que arreglar unos asuntos en el parlamento antes de salir para acá. Todos, saquen los cuadernos, rápido. Hoy estamos un poco apretados...

—¡Sííí!

—Yo no veo nada...

—¡Aquí atrás apesta!

—Silencio, por favor. No aceptaré excusas por malos comportamientos. Este es un día como cualquier otro y lo vamos a aprovechar exitosamente, ¿estamos claro? Chequeen las tareas mientras elijo los temas que veremos hoy.

Magnus se inclinó sobre su escritorio y

notó con sorpresa que aún apretaba el asa del maletín. Por suerte ningún alumno se había dado cuenta. Resopló, lo puso bajo la mesa y comenzó a mover papeles de una forma frenética como queriendo huir de algún pensamiento, pero a cada rato le daba toquecitos con la punta del zapato para comprobar que seguía allí, que la situación era bastante real.

Ese día tocaba cálculo para los pequeños, geografía e historia para los otros. ¡Qué desastre! Como si llevar dos empleos no fuera poco, ahora tendría que hacer ma-labares con las asignaturas. No le gustaba la forma que comenzaba a tomar aquella jornada y algo le decía que se preparara para lo peor. Magnus se agarró la barba y tiró de ella mientras pensaba como iba a impartir todo aquello. Al demorarse tanto, las vocecillas empezaron a cuchichear en medio de la apretazón.

—Mira lo que me encontré...

—¿Fuiste al pueblo fantasma? ¿Y te dieron permiso?

—No, claro que no, no dejan ir a nadie. Yo soy el único que va. Mira esto, todavía sirve, tiene música y se puede jugar, el mejor que se ha visto.

—¿Me lo prestas?

—No, no puedo. Si te buscas uno te digo cómo anda y eso.

Magnus se alisó el traje y sin darse cuenta soltó la barba para hacer como que peinaba su cabeza calva. El gesto le calmó un poco los nervios, aunque ganó unas cuantas risitas burlonas.

—Atención, la clase va a comenzar. Quiero ver cuadernos sobre la mesa y ojos al frente. ¡Erik, deja de hacer el imbécil!

Toda la clase se burló mientras el chico trigueño de cabellos cortos ponía cara de inocente y ocultaba algo bajo su mesa.

—Todos ustedes ya deben de saber cómo comportarse. Cuando termine la lección habrá preguntas, por supuesto. Así que tomen notas. Si tienen dudas pueden

levantar la mano para que yo les autorice a hablar, como siempre, sin excepciones.

Alguna nube debió abrirse en ese momento pues una polvorienta franja de luz circunnavegó la mitad del salón. Los colores en las ropas de los alumnos resaltaron a la vista con una intensidad irreal bajo aquella mala iluminación. Magnus quedó pasmado, absorto frente a la escena del aula atestada de niños afelpados como una tribu de criaturillas del bosque. La fuerza emotiva le removió algo por dentro: los gorros rojos con borlas blancas, las bufandas color corteza y los suéteres peludos. Algunos notaron que el maestro no se movía. Este reaccionó, tosió nervioso y se secó los ojos. Les dio la espalda a los jóvenes y empezó a escribir a toda velocidad en la pizarra.

Increíble que aún le quedaran secuelas. Ah, ¡qué tontería!, se amonestó. No era momento para sentimentalismos innecesarios. Recuperó la compostura y tomó nota mental para no dejar que volviera a pasarle, aunque estaba consciente de lo difícil que era bloquear treinta años viviendo en la oscuridad ártica, sin colores y abandonados. Su caligrafía tembló, borró la palabra y terminó de anotar todo el sumario con una tiza que se gastaba demasiado rápido.

—He dicho silencio...

—Hoy voy a ir de nuevo, hay montones de cosas tiradas y todas las casas vacías. Ese va a ser mi escondite a partir de ahora —volvió a susurrar Erik.

—¡Callados! —Magnus apuntó con el dedo a la primera frase en el pizarrón—. Hoy tenemos que tocar varios puntos. En primer lugar, repasar aritmética con las operaciones de adición y sustracción. Sí, sí, sí, ya lo sé. No quiero protestas. Para algunos de ustedes es cosa conocida pero los pequeños aún lo están aprendiendo. Así que muérdanse las lenguas los de atrás. Luego hablaremos sobre la geografía de los recursos naturales y por último los mayores me contarán un poco sobre la historia del evento Fismeifum. Espero que hayan estudiado los documentos pendientes, ¿eh? —Magnus ojeó a Erik y el chico pareció entrar en shock como pez que acababan de sacar

de agua.

—Entonces, todo perfecto. Veamos, los del frente presten atención. Vamos a empezar bien fácil con una operación para recordar lo que vimos anteriormente, ¿recuerdan? Teníamos diecisiete ovejas en el corral y sacamos seis de ellas a pastar. ¿Quién me puede decir cuántas quedarían en el interior?

Magnus escribió los números en la pizarra y dejó en blanco el espacio de la respuesta. Ninguno de los pequeños sentados al frente movió un músculo. Pero del fondo y de las esquinas salieron murmullos y risas contenidas.

—No estoy hablando con ustedes. Es solo para ellos —regañó a los adolescentes—. Veán, es fácil, diecisiete ovejas en el corral y dejo salir seis. Entonces, nos quedarían...

—Once —respondió un niño rollizo, aún con todos los dedos estirados frente a la cara.

—Muy bien, Ingi. Ven acá y escríbelo en la pizarra.

Ingi puso cara de contrariado. Con algo de trabajo logró zafarse de la masa apiñada de sillas y fue lentamente hacia el pizarrón bajo docenas de miradas escrutadoras.

—¿Jonas, tú hiciste la tarea? Jonas, no te hagas el sordo, joye, imbécil! —llamó Erik por lo bajo a su compañero de al lado.

—¿Qué fue lo que me dijiste antes? —le preguntó Jonas.

—Está bien, te lo presto un rato. Ahora pasa los papeles antes de que nos pillen.

—Muy bien, gracias, Ingi —lo felicitó Magnus—. Hagan sitio para que pase. ¡Máxima puntuación! Vieron que sencillo. Ahora pongamos otro ejemplo. ¿Qué tal si ahora yo dejo entrar cuatro ovejas, más las once que ya estaban? ¿Eh?

De nuevo reinó el tenso silencio, a excepción de un ruido de papeles deslizándose.

—Venga, es fácil. Igual que hicieron antes pero ahora tienen que sumar.

—¿Qué cosa es una oveja? —preguntó una niña abrigada con bufanda rosa.

Magnus aguardó el inevitable estallido de risas tras la inocente pregunta, pero sorprendentemente todos se quedaron atendiendo expectantes. A veces olvidaba lo mucho que había cambiado el mundo en el transcurso de una sola generación. Se podría decir que estos niños estaban creciendo en otro planeta. Se rascó la coronilla buscando la forma apropiada para tratar el asunto.

—Venga, Johanna, seguro que las has visto en imágenes. La oveja es un animal de cuatro patas, un mamífero como el perro, ¿sí? pero más grande y peludo. Además, es herbívoro, así que solo come yerba.

—¡Yo las he visto en videos viejos! Son blancas y lanudas, hacen así: ¡beeeeee! —soltó emocionado otro pequeño.

Todos rieron y Magnus, esta vez, agradeció que la broma pusiera fin a la digresión.

—Muy bien, suficiente, ¡ya basta!, dejen de berrear. ¿Dónde nos quedamos?

—Pero, y ¿dónde están las ovejas? ¿Se salieron todas del corral? —volvió a preguntar Johanna.

Esta vez, sí que se alborotó el gallinero. A Magnus le regresó la jaqueca reforzada y multiplicada con lo que parecían picotazos sobre las orejas. La pequeña de bufanda rosa, apenada, se encogía con el griterío que arreciaba a su alrededor hasta que Magnus finalmente recobró el control. ¿Dónde estaban las ovejas? Ese era un tema delicado. ¿Cómo podría hablarle a una niña de siete años sobre hambrunas, granjas congeladas o ciudades muertas?

—¡Paren ya las risas! Bueno, Johanna, tu pregunta no tiene nada de malo, lo tonto es quedarse con las dudas y además este tema nos lleva al segundo punto de la clase de hoy. Así que aprovecharé para saltar a ese tópico y luego podemos regresar a las matemáticas. ¿Puede alguien decirme por qué... cuál es la importancia de la protección de animales, plantas y la naturaleza en general?

Otra niña, algo mayor y con cintas verdes fosforescentes entrelazadas en sus trenzas pelirrojas levantó la mano como una flecha y la agitó sin parar para que Mag-

nus la viera.

—Maestro, el medio ambiente es muy importante —comenzó tan pronto como Magnus la hubo señalado—. Nosotros, los seres humanos somos parte de la naturaleza y dependemos de los animales y de los vegetales para vivir. Y si no cuidamos los bosques y los mares podemos dañar al planeta y a nosotros mismos. Soy Lucy, número quince de la clase 1-B —concluyó con una sonrisa fija.

Magnus buscó su listado y mientras anotaba la puntuación se dio cuenta que la mayoría de sus estudiantes eran demasiado jóvenes para llegar a comprender la magnitud de lo que había pasado.

—Muy bien, Lucy. ¡Máxima puntuación! Así es, los hombres, las mujeres y los niños no podemos vivir solos en el mundo. Nuestro planeta es como una casa gigante en la que cada quien tiene un trabajo que hacer, ¿entienden?, y si faltan parientes, entonces todo se puede echar a perder. Los insectos, las aves, las flores y hasta los peces en las profundidades son cruciales para nuestra supervivencia. —Magnus perdió el hilo de pensamientos así que decidió entrar de lleno en el asunto—. Hace ya un buen tiempo atrás, cuando yo tenía la edad de ustedes, el cielo se puso oscuro y el sol no salió por mucho tiempo. Las plantas empezaron a morir y luego fueron desapareciendo los animales que comen pasto, los renos, los caballos y las ovejas. Por eso, hoy ya no las vemos.

—Mi abuela dice que los dioses fueron los que se comieron el sol —comentó la pequeña Johanna con su vocecilla asustada.

Magnus advirtió que algunos muchachos aguantaban la risa en el fondo, pero ninguno se atrevió a chistar. Se contuvieron ante la seriedad impresa en el rostro del profesor. Aquellos tiempos no fueron agradables para la humanidad. La niña decía la verdad, mucha gente, que él mismo conocía, creían en verdad que se acercaba el Ragnarok y el fin de los tiempos. ¡Y no sin razón!, porque cuando un día, sin previo aviso y así de la nada, aparece un maldito planeta y se planta frente al sol, es normal

que las creencias se vuelvan locas y todos imaginen ver al mismísimo lobo Sköll devorando las estrellas.

—Bueno, Johanna, todavía no sabemos en realidad quién fue el culpable o la causa del evento Fismeifum, pero sí conocemos la historia de lo que pasó en aquel entonces. Tal vez, alguien de secundaria podría hablarnos de este tema, por favor, ¿Erik? Sí, tú. El chico de pelo corto levantó la vista, aterrado, y pasó frenético las páginas de la libreta. Agarró un lápiz y se puso a jugar con él, nervioso, mientras miraba a todos lados.

—Bueno, esto, lo que pasó fue que en el año... 2103 este otro planeta apareció y se puso como tapando la luz, ¿entiende? Por eso se hizo de noche. Entonces, las gentes de los países se fueron en las naves a este otro planeta, pero hubo gente que se quedaron aquí porque no cabían. O sea...

—Creo que es suficiente, Erik, muchas gracias. Se nota la cantidad de tiempo y esfuerzo que le has dedicado al estudio. ¡Mínima puntuación y desaprobado!

—Yo me lo quería estudiar, pero Jonas se llevó el libro y no me dejó leer. Fue por eso.

—¿¿Qué?! —el muchacho rubio de al lado se levantó como un resorte y Erik se le alejó cargando su pupitre como si fuera una tortuga.

—¡Quietos los dos! En ese caso, señor Hallgrimson, seguro que usted puede mejorar las barbaridades de Erik el tonto.

Nadie reaccionó a su comentario y Magnus tomó nota de repasar las clases de historia medieval. Jonas, metió su camisa por dentro del pantalón y recogió un fajo de hojas sueltas que había caído en el espacio dejado por Erik. Después se escurrió como pudo hasta el frente de la atestada clase.

—La historia del evento Fismeifum se divide en dos etapas —recitó echando ojeadas a sus escritos—. Primero viene la fase astronómica con las consecuencias sociales y luego, como etapa número dos están las catástrofes naturales hasta la desaparición final.

—Jonas, no tienes que repetirlo todo de memoria. Solo explica con tus palabras —le

sugirió Magnus.

Jonas asintió nervioso y tomó un pedazo de tiza. Con ella dibujó dos grandes óvalos en la pizarra, similares en tamaño, uno dentro del otro.

—Este sería el sol —puntualizó dibujando una estrellita en el mismo centro de los óvalos—. Y estas son las órbitas de la Tierra y de Fismeifum, el planeta invasor.

Jonas coloreó dos planetas diminutos y paralelos en el contorno de cada óvalo, de forma tal que el punto correspondiente a Fismeifum se interpusiera entre el sol y la Tierra.

—El planeta Fismeifum apareció en el cielo el día 4 de mayo del 2103. A partir de ese momento se mantuvo en permanente posición de eclipse solar a un millón y medio de kilómetros de nuestro planeta. O sea, que al posicionarse en ese punto creaba un arco de sombra de ... —Jonas se puso a buscar algo en sus apuntes.

—Vas bien, pero no te preocupes por las cifras exactas por ahora.

—Me las había aprendido...—continuó chasqueando la lengua y negando con la cabeza—. Bueno, debido al interminable eclipse solar hubo disturbios en todos los países por la falta de comida, electricidad y la violencia en las calles. Entonces, varios países: China, Europa, creo que Japón y América se unieron para la exploración de Fismeifum.

—Los rusos fueron los primeros en llegar y descubrieron que tenía agua, bosques y aire —intervino un muchacho de ojos achinados y orejeras púrpuras.

—Por eso todos los países decidieron emigrar poco a poco para ir a vivir en Fismeifum —retomó Jonas enojado por la interrupción—. Porque aquí no se podía estar sin el sol.

El profesor Magnus asintió complacido, pero su cabeza le seguía martillando, ahora motivado por el revivir de esos recuerdos. Aquella época fue... dura y él era solo un adolescente. Recordaba esa mañana en la

que no hubo amanecer y ¡él había festejado por no tener que ir al cole! Por suerte, sus padres vivían al este de la isla, lejos de Reikiavik, en las afueras de Höfn. Así se pudieron mantener a salvo cuando las ciudades se volvieron demasiado peligrosas. Con sus propios ojos había visto con odio y envidia a los cientos de transbordadores, día tras día, con sus luminosas llamas elevándose y abandonándolos en la larga noche del eclipse. Había sido imposible llegar al continente. Todas las naciones cerraron sus fronteras y el gobierno tomó medidas severas contra el vandalismo porque el dinero no valía nada. Su familia sobrevivió solo gracias a la pesca. Había rumores de que los políticos se estaban marchando junto con los militares, doctores e ingenieros. La ONU otorgó unos pocos pasajes especiales en los transbordadores, pero la familia de Magnus era humilde. En aquel entonces, lo que notó después, al cabo de un par de años en la oscuridad, fue que no hubo más despegues hacia Fismeifum. Los canales de televisión, la radio, el internet, todo se fue apagando a pesar de que ellos tenían electricidad gracias a las plantas geotérmicas. Todos los transportes habían partido para no regresar. Nada perturbó los cielos, excepto aquel maldito tapón opaco bordeado por el halo anaranjado del sol.

—Pero los más pobres no tenían dinero para comprarse una nave, así que se fastidiaron.

—¡Erik, cállate! ¡¿No te das cuentas que tú eres uno de esos pobres!? Haz silencio o te expulso —todo el salón se calló de inmediato. Magnus respiró para calmarse—. Terminemos con este tema. ¿Alguien más puede hablarnos sobre las consecuencias del eclipse? —En el grupo de jóvenes nadie se movió. —Bueno, Jonas, danos un corto resumen de lo que ocurrió con el ambiente de la Tierra producto de Fismeifum. —Magnus tomó nota mental de mantener a raya esos exabruptos suyos. Los chavales no tenían culpa de su mal día.

—Bueno, profesor, el hecho fue que subió la temperatura, digo disminuyó, perdón —se detuvo, chequeó su papel y levanta-

tó rápido la cabeza—. Aumentó el frío en todas partes porque la energía del sol no llegaba a nosotros. Luego, las plantas y los animales se fueron extinguiendo y la mayoría de las personas también... se extinguieron.

Jonas leyó las últimas palabras sin percatarse de lo que estaba escrito. Los más pequeños atendieron a Magnus quien les sonrió para que no se asustaran, pero por dentro estaba soportando con dolorosa claridad las escenas de hacía tantos años. ¿Por qué diantres había tocado este tema precisamente en un día como aquel? Tres décadas estuvieron viviendo en la condenada era de hielo. El frío nunca fue un problema, pero aquello era demasiado. Sobrevivieron gracias a que la energía geotérmica seguía dando corriente y los peces de las profundidades no desaparecieron tan rápido como los otros animales. No podía ni siquiera imaginar lo que debió ocurrir en las ciudades superpobladas del resto del mundo. Todavía seguían mudas y las comunicaciones cercenadas, pero se oían rumores...

—Quiten esas caras de preocupación. Eso pasó ya hace mucho tiempo. Ahora todo está bien, gracias a los dioses. Dinos, ¿en qué año desapareció Fismeifum, Jonas?

Jonas, que ya se encaminaba airoso a su asiento, se volteó y leyó en sus papeles:

—En el año 2133, el planeta conocido como Fismeifum se desvaneció del espacio visible terrestre, permitiendo que la radiación solar calentara nuevamente la oscura y helada superficie de su hermana gemela, la Tierra. Con la partida de Fismeifum también desaparecieron aproximadamente tres mil millones de vidas junto con todos los animales, provisiones y equipamientos que fueron transportados con el propósito de asentarse en el nuevo planeta.

—Está bien. No eran necesarios esos datos tan específicos, pero gracias. Como pueden ver al final todo terminó bien. Fismeifum se fue de la misma forma en que llegó y ahora todo vuelve a la normalidad. Han pasado casi veinte años y nada malo ha vuelto a ocurrir. Final feliz, ¡máxima puntuación, Jonas!

Las palabras sonaban falsas hasta en su propia cabeza. El súbito dolor punzante le hizo cerrar los ojos. Los alumnos se entretuvieron charlando y él se inclinó tras el buró como si buscara algo. Era de noche, y temblaba con una linterna en las manos mientras su padre taladraba un agujero en el hielo. Sin previo aviso, todo a su alrededor se encendió como si bajo las aguas se ocultara una gigantesca bombilla. Cuando sus ojos se adaptaron al resplandor, pudo comprobar que la luz no provenía del mar congelado, sino que el sol volvía a brillar en lo alto. En minutos pudo sentir el cosquilleo del calor en la piel, sonrió y abrazó a su padre, pero luego se preguntaron qué habría pasado con los traidores que los habían abandonado. Desaparecidos para siempre, perdidos junto con el maldito Fismeifum. Nadie sabía jamás su destino. O eso había pensado hasta aquella mañana. El informe estaba dentro del maletín. Era real. Magnus abrió los ojos y se sentó tras la mesa para no caer.

—Creo que podemos detener las lecciones aquí para ir a almorzar. ¿Alguna pregunta?

Johanna llamó la atención agitando su bufanda rosada.

—¿Y en dónde están ahora las gentes que se fueron? ¿En el cielo?

Por un segundo, Magnus no entendió a la niña por estar sumido en sus propias preocupaciones. Era tanta la curiosidad y la ingenuidad de la pregunta que Magnus lamentó no poder darle una respuesta. Bueno, en realidad sí que podría, pero aún se resistía a aceptar la noticia.

—¿Se fueron al cielo? —volvió a preguntar la pequeña.

—Pues, creemos que se encuentran a salvo en alguna parte del universo, deseando estar aquí con nosotros. Deben estar buscando la forma de volver, pero como están muy muy lejos, todavía no pueden venir a visitarnos, es solo eso.

—Mis otros abuelos se fueron con ellos y yo quiero que un día vengan.

—Todos queremos que regresen y estoy seguro de que ellos también tienen muchas ganas de verte, pero todavía no pueden lle-

gar hasta aquí. Pronto, si los dioses quieren.

Y al decir eso, sintió como si algo le mordiera la pierna debajo de la mesa.

—Bueno, recuerden recoger sus tareas y nos vemos en la tarde —dijo apresurado.

El salón se tornó un hormiguero de ruidosos colores. Magnus enterró la mirada en el reguero de papeles que tenía frente a sí. Cotejó todo con gran lentitud, aguardando a que todos salieran de una vez, pero cuando pensó que estaba al fin solo, advirtió que Johanna se demoraba indecisa en la puerta. Allí estaba, catándolo como queriendo preguntarle algo más. Unos ojos tristes de color ámbar con brillos de reproche. El dolor de las pérdidas humanas había sido tan vasto que aún se sentían las consecuencias hasta en los niños. La mente de Magnus se dirigió al maletín oscuro, que le escocía bajo la mesa. El maestro trató de alejar el recuerdo de la reunión matutina, pero los ojos soñadores de la pequeña seguían fijos en él, como si ella también supiera lo de aquella mañana cuando el joven oficial de radares le entregó el informe clasificado. Tal vez la niña solo quería preguntar otra duda, pero el atormentado Magnus no podía dejar de pensar en el mensaje encriptado recibido por los astrónomos la noche anterior.

—¿Cómo quiere proceder, señor presidente? Son ellos. Eso está claro. Y están pidiendo auxilio en todos los idiomas conocidos. Vea el código —señaló el joven científico.

—Ahora no tengo tiempo para esto, David. Seguramente que resulta ser un error de las antenas y es alguien gastando una broma. ¿Qué edad tienen esos aparatos? Lo mejor será esperar otra señal para estar seguros. No necesitamos desatar un caos justo ahora cuando estamos hasta las cejas de problemas.

—Presidente Magnus, si nos basamos en el contenido del mensaje está claro que no podrán mandar otra señal. Que hayan podido alcanzarnos es todo un milagro. Los tienen prisioneros y...

—¡Entonces no debieron habernos abandonado! —le gritó Magnus fuera de sí y es-

peró unos segundos antes de volver a hablar—. Usted y su equipo tienen prohibido tocar este tema fuera de esta oficina bajo cargos de amenaza a la seguridad nacional. ¿Entiende lo que le estoy diciendo, doctor, o tengo que ser más claro con usted?

El astrónomo quedó desconcertado cuando el presidente Magnus le arrancó el

informe de las manos y salió apresurado de la oficina dejándolo a media palabra. Magnus abandonó el parlamento a toda velocidad y se dirigió al edificio de la escuela. Las personas por la calle se le quedaban mirando, extrañadas, y este les saludaba cortésmente mientras escondía con torpeza el documento en el fondo de su maletín.

“FIN”

# Nacimuertemiento

Dabrowski, Christopher T.

Recuerdo esa iluminación cegadora, un sentimiento de felicidad ilimitada y un amor interminable. Me sentí arrancado de aquel estado, cogido por dos criaturas brillantes y chupado hacia un túnel oscuro. Un maravilloso resplandor estaba alejándose cada vez más, hasta que desapareció totalmente. No sentí miedo, todo era deliciosamente indiferente.

Cuando volvimos a la tierra, las criaturas me soltaron. Me encontré al lado de mi cuerpo. Estaba en pie tranquilamente y me miraba a mí mismo. En un primer momento no me importaba, era como si mirase algún objeto aburrido en un museo. Pero un momento después algo me obligó a entrar a la capa corporal y mientras tanto mi actitud cambió diametralmente. Volví a vivir. Estaba tumbado en la acera, sintiendo una presión fuerte en el pecho. Lentamente mis sentidos empezaban a volver. Nacimorí – aparecí en el mundo, sufriendo un infarto fuerte.

Inmediatamente la consciencia de mi vida entera, de todo lo que iba a ocurrir, se me manifestó. Lo más extraño era que ya sabía todo esto con detalles. Sabía que durante varias decenas de años iba a ser bibliotecario y que mis sueños de ser escritor no se iban a cumplir. ¡Qué barbaridad! El humano aparece en el mundo, sabiendo que va a ser nadie, con la perspectiva de muchos años llenos del aburrimiento, fracaso y desengaño.

Lo peor es que a cada uno le espera el renacimiento. El mío vendrá dentro de setenta y ocho años, tres meses y cinco días. A veces la reducción de la edad es una bendición. La fuerza aumenta, sufres menos enfermedades. Ganas habilidad tanto corporal, como mental. Desgraciadamente a la edad de veintipocos años aparecen los primeros síntomas de lo que nos espera. Uno comete cada vez más tonterías. Tiene cada vez menos experiencia y dinero, hasta que vuelve a ser dependiente económicamente

de sus padres. Empieza los estudios, donde lentamente se hace cada vez más estúpido. El punto culminante del proceso de idiotización está al comienzo de la escuela primaria. Tal vez llega la demencia juvenil. Ya no sabes leer ni escribir y el estado de tu mente es lamentable.

Mientras recuerdo la juventud a la que espero, recuerdo las comiditas con la familia. El ritual de todos los días. Empieza mientras que la madre ensucia los platos en el fregadero. Después vuelve atrás hacia la mesa. Cuando ponga todos los platos sucios, nos sentaremos en orden. Empezamos a comer. En primer lugar mastico la comida vuelta de los intestinos. Cuando termino este proceso el trozo de la chuleta sale de mi boca. Lo cojo con el tenedor y lo pongo en el plato mugriento. Luego le añado el siguiente y dentro de un cuarto de hora tengo la chuletila entera, caliente y fresca.

Después de comer, cuando todo ya está en los platos, la madre lo lleva a la cocina para ponerlo en la nevera, destrozando las partes principales. Después el destino del plato se presenta así: los días van pasando y la madre lo recoge de la nevera, lo mete en las bolsas y luego van con el padre al supermercado para devolverlo. Cuando vuelven, en la cartera hay mucho más dinero nuevo. La única desventaja de las comidas es que después uno tiene hambre...

La infancia es una pesadilla. Imagínate que te encoges y pierdes la razón. Cada vez pasas más tiempo jugando a juegos absurdos, como por ejemplo deconstruir las construcciones de los ladrillitos o los castillos de arena. Tu nivel lingüístico disminuye cada vez más. Después empiezas a dar voces extrañas y ni siquiera puedes cagar sin ayuda de otra persona.

Son los síntomas de la primera infancia.

Paradójicamente esto también tiene sus ventajas –por ejemplo el hecho de que no te des cuenta del renacimiento, que se acerca rápidamente. Sin embargo, ese no es el

final de tu duro camino. El renacimiento consiste en que cuando seas ya tan tonto como el flan de frambuesa, vas al hospital junto con tu madre, donde te ves asimilado por su organismo. Después te lleva en su estómago, en el que, al cabo de nueve meses, ¡DEJAS DE EXISTIR!

Volviendo al tema de mi vida. Tengo ahora setenta y ocho años. Dentro de unos tres años, llegará el nacimuertemiento de Ana –mi querida esposa. Mis recuerdos de ella se han apagado y han perdido su color en el abismo del tiempo, aunque sé que van a brillar con la plenitud de los colores y claridad con el momento de su nacimuertemiento.

Antes de que el alma descienda y el nacimuertemiento tenga su lugar, el cuerpo madura en la mole de la Madre Tierra. El polvo se convierte en el esqueleto, que luego se cubre con los músculos e intestinos, los cuales son cubiertos por la epidermis. Unos días antes del nacimuertemiento el cuerpo está frío y pálido. En este momento lo excavamos en el suelo, en un lugar llamado cementerio. Con el tiempo en el cuerpo entra el alma y la vida nueva empieza.

Cuando Ana nacimurió, me sentía como si alguien hubiera desplazado algún interruptor, activando otro punto de visión de la realidad. El fin de la soledad. Sentí una amistad profunda y una conexión, como si esta mujer fuera parte de mi ser.

Inmediatamente me di cuenta de toda la dicha y la desdicha que íbamos a compartir. Dentro de cincuenta y cuatro años nos esperaba un romance intenso y lleno de pasión, que va a preceder a su desaparición de mi vida. Es horrible que un día ten-

ga que perderla. Un día desaparecerá de mi cabeza el hecho de que ella existía. Esto es tan triste que no puedo expresarlo con palabras, aunque, desgraciadamente, es el destino de todos y cada uno.

Dentro de poco nacimorirán mis padres, apenas unos años después del nacimuertemiento de mi esposa. Sus almas descenderán a los cuerpos durante una gran colisión. Son ellos los que van a acompañarme en los momentos últimos de la vida.

Es divertido como la humanidad se vuelve estúpida. Algo existe, y luego desaparece. La gente usa inventos que después dejan de existir –porque los científicos se olvidaron de ellos. Y así, de manera inexplicable, volvemos atrás –y eso es natural. Nuestra civilización languidece frente a nuestros ojos. No sé que habrá de ocurrir antes de mi nacimuertemiento. Por desgracia, es así, que con cada momento se nos escapa lo que había sucedido un segundo antes. Lo perdemos irremediamente. Supongo que seguramente antes estábamos más desarrollados. De las ciencias que conozca en las escuelas diferentes, aprenderé que la civilización va a derrumbarse. Habrá dos guerras mundiales crueles. Los ordenadores, televisores y coches desaparecerán. Acabaremos siendo antropoides que se chocan mutuamente con las mazas, pero... pero eso no es mi problema ya. Tengo la perspectiva de los setenta y ocho años de una vida aburrida. Habrá también momentos de alegría. Y esos son a los que voy a esperar con añoranza...

# Morir en llamas

Dabrowski, Christopher T.

- No quiero sufrir -exclamé rodeada de llamas.

Mi casa se estaba quemando, y en un momento, yo también lo haría.

Concéntrate: escuché la voz del maestro del juego en mi cabeza.

Ni siquiera sé si existes -pensé, retirándome de las llamas.

Deja que tu mente se aleje de la realidad. Es fácil para ti decirlo.

Es solo una ilusión. No quemarás, solo la información sobre ti. El alma es información y se ocupa del software. Solo apaga la conciencia ¡Uf, funcionó, me desmayé!

Dejé mi cuerpo y me desconecté del juego.



# El inventor de la rueda

Rodríguez Laguna, Ismael

En el salón de la sencilla casa de adobe, la abuela Eva enseñaba a leer a su nieta. La abuela sabía que ya no necesitaría volver a saber leer en el tiempo que le quedaba de vida, así que podía por fin darle su conocimiento de lectura a alguno de sus nietos, concretamente a su nieta preferida.

Mientras, en el patio de la casa, Caín, hijo de Eva e inventor de la rueda de profesión, examinaba cuidadosamente un carro. Se agachó para examinar su eje y el encaje de la rueda dentro de él. Se preguntó cómo se podía fabricar un círculo semejante con un agujero del tamaño apropiado en el centro. Decididamente, necesitaría que los soportes agarrasen la rueda al eje con suficiente fuerza. Tendría que elegir sabiamente las herramientas. Decidió cortar un trozo de madera y comenzar a hacer pruebas.

Caín seguía el mismo procedimiento de volver a inventar la rueda, una y otra vez, durante todos los días de su vida. Todas las mañanas, volvía a examinar un carro, volvía a inventar la rueda, y volvía a escribir en un papiro las instrucciones detalladas de cómo construir una rueda. En cuanto acababa de escribir el papiro, volvía a olvidar cómo se hacía una rueda, así que se volvía a acercar al carro para poder volver a reinventar la rueda. Por las tardes, vendía sus papiros a los artesanos constructores de carros, que venían desde tierras lejanas para aprender a hacer ruedas.

Por supuesto, muchos de esos artesanos hubieran podido dedicarse también a ser inventores de la rueda, pero no todos tenían la misma habilidad para que se les volviera a *ocurrir* cómo hacer una rueda des-

pués de que hubieran *entregado* dicho conocimiento a otros (fuera por escrito o de manera oral) y por tanto lo hubieran perdido, igual que hacía Caín todos los días. Inexorablemente, los papiros con las instrucciones sobre cómo hacer una rueda se quedaban en blanco en cuanto eran leídos, eran de un solo uso. El conocimiento no se multiplicaba sin más. Si se daba, se perdía.

Ojalá dar conocimiento fuera tan fácil como dar comida. Cuando alguien daba a otro una pera, el que daba y el que recibía pasaban a tener una pera. Pasaba lo mismo si dabas pan, dátiles o cualquier otro alimento. Pero no, el conocimiento era distinto. *Dar* conocimiento era *perder* conocimiento. Por eso, había que volver a inventar o descubrir el conocimiento que se transmitía a otros. Transmitir conocimiento era un proceso costoso.

Unas semanas después, Eva terminó de enseñar cómo leer a su nieta. Entonces se percató de que, efectivamente, no sabía leer.

Contrariada, Eva se dio cuenta de que este trato que les había ofrecido Dios no acababa de convencerla. En lo que le quedaba de vida, cambiaría las cosas.

Con firmeza, se dirigió al Árbol de la Ciencia.

Estaba decidida. Comería la manzana, rompería el trato. Por fin el conocimiento, la Ciencia, se transmitiría sin perderse. Aunque entonces la comida dejase de hacerlo.

Eva decidió que merecería la pena.

# Universo sin fin

Verón, Daniel

El tiempo siguió pasando para quienes eran los semidioses de las estrellas. Sin embargo, aún este concepto del tiempo era cada vez más difuso. A medida que la flota del Supremo Thorklind se alejaba más y más en el Cosmos, los sabios de a bordo pudieron comprobar que el tiempo sufría variaciones. En efecto: cuando navegaban entre agrupaciones estelares más o menos convencionales, el tiempo parecía dilatarse, aplanarse, achatarse, ralentizarse, etc., mientras que cuando las naves quedaban sometidas al influjo de lo que parecían ser inmensos Atractores gravitacionales, el tiempo se aceleraba y, en su conciencia, ellos mismos creían que todo sucedía más rápidamente. Lo cierto es que los Atractores, con su colosal fuerza gravitacional, estaban nada menos que re-estructurando el Universo. En este sentido, Thorklind a veces meditaba por largo rato qué camino seguir.

Los Atractores arremolinaban cúmulos de galaxias cubriendo áreas de miles de millones de años-luz adonde era relativamente fácil la exploración ya que las distancias también eran más cortas. Pero al mismo tiempo, en sentido opuesto, veían alejarse irremisiblemente otros cúmulos a los que no se sabía si alguna vez ellos podrían llegar porque la distancia que los separaba crecía continuamente. Las estructuras que se formaban de esta manera eran gigantescos super-cúmulos de galaxias separados de otros igualmente gigantescos por abismos cada vez mayores donde únicamente se concentraban cierto tipo de partículas subatómicas y de supercuerdas. La flota de Thorklind venía de hacía mucho tiempo explorando un hiper-cúmulo de galaxias en la región de Vega. El verdadero problema fue cuando quisieron abandonarlo para dirigirse a otro igual. Si bien la distancia recorrida fue mayor que otras veces, el instrumental de a bordo determinó que, pese a que estaban en otro grupo de cúmulos galácticos, el Atractor seguía siendo el mismo.

Esto llevó a hacer una especie de clasi-

ficación del número de Atractores que conocían y su posición en el espacio. Lo interesante es que no parecía haber demasiados, tal vez un número entre 50 y 100, pero no todos tenían el mismo tamaño. Algunos, evidentemente, eran mayores que otros y, por lo tanto, su atracción gravitacional era mucho mayor. Por fin, el director del equipo de investigación, el sabio Roygar Herresson, confirmó lo que él ya sospechaba: hasta ahora conocen principalmente a los Atractores menores pero, más allá de estos, existen otros Super-Atractores que a su vez atraen a los menores. Por lo tanto, en el Universo rigen una serie de fuerzas colosales que están "desgajando" el espacio. O, por decirlo de otro modo, el Cosmos sería como un colosal árbol cuyas ramas se van diversificando alejándose unas de otras. Semejante proceso sólo puede llegar a causar que la "habitación" en donde surgió el Universo quede cada vez más vacía. ¿Por qué? Porque las galaxias se están "yendo" a las demás "habitaciones" de los costados.

Aquí fue donde Thorklind propuso uno de sus grandes desafíos. Sería de gran interés rastrear no sólo a los Atractores mayores sino también tratar de descubrir al mayor de todos. ¿Será que el Universo es "aspirado" desde algún punto en especial? Bien, para comprobar algo así era necesario volver a dejar atrás todo lo conocido y emplear lo máximo de las tecnologías hiperlumínicas de impulsión. Fue un proceso desarrollado en varias etapas para lograr la mayor precisión en cuanto a la posición de las naves. Más allá del hecho de parecer que siempre iban hacia "adelante", ciertos indicios señalaban que la flota estaba derivando hacia un "costado" del Universo. Además, el espacio que surcaban ahora no sólo era desconocido sino que se encontraba tan lejos del punto anterior que ni siquiera había sido observado. Este hecho sirvió también para comprobar la gran diversidad de galaxias que existían.

En parte podría decirse que había gala-

xias "oscuras" y otras brillantes, de acuerdo a la edad de las estrellas principales. Y esto a su vez dependía de lo que hubiese sido su ubicación original en los primeros tiempos del Cosmos.

Así fue que los federales pudieron recorrer regiones extrañas, turbulentas, inestables, con estrellas de características peculiares, un cierto predominio de enanas blancas en algunos lugares, pocos sistemas planetarios y formas de vida un tanto primitivas. Definitivamente, estaban en una zona cósmica diferente de donde ellos provenían, adonde el espacio presentaba otras características. En algunos lugares observaron fenómenos sumamente extraños, una suerte de desdoblamiento del espacio mientras que los cronómetros señalaban que el sentido del tiempo avanzaba pero sólo en forma intermitente.

Por largo rato la flota avanzó en aquel espacio flameante en donde los sentidos eran engañosos. Thorklind y los suyos ni siquiera se planteaban cómo saldrían después de allí, suponiendo que esto fuera posible. En esos momentos estaban demasiado interesados en su misión para plantearse esto. El mismo almirante dirigió la investigación y, de este modo, poco a poco, empezaron a tener las primeras conclusiones. Costaba creerlo pero, pese a estar en una región fronteriza del Cosmos, esta zona se encontraba primeramente bajo la influencia de un Atractor más o menos convencional situado a unos pocos miles de años-luz. Este, a su vez, estaba bajo el influjo de otra gran masa distante medio millón de años-luz pero en otra dirección completamente distinta. Pero esto no terminaba ahí. Este Super-Atractor mostraba señales de estar a su vez bajo la fuerza gravitatoria de una masa todavía mayor. Y, quién sabe, quizá hubiera otras más grandes aún. El caso es que todos los monstruos se encontraban dispersos en la lejanía cósmica, en aparente desorden.

Thorklind y los sabios que le acompañaban también comprobaron que muchos cúmulos de galaxias, aún de las que estaban recorriendo, se encontraban más allá de todo lo observable desde el Grupo Lo-

cal (GL) de galaxias del cual ellos procedían. Los investigadores de su época suponían que el Universo era algo así como un globo de unos 20.000 millones de años-luz de diámetro y que, más allá de esa distancia, era imposible ver algo simplemente porque no había nada. Tal sería, supuestamente, la frontera del Universo. Sin embargo, ellos mismos ahora habían traspasado ese límite y las mediciones señalaban que el mar de galaxias se extendía mucho más lejos todavía. La sola influencia de los Atractores era una buena prueba de ello. Guiándose por el instrumental daba la impresión de que la materia se extendía otros 10.000 ó 20.000 millones de años-luz más, sin poder precisarse en dónde estaban los límites. La verdad es que el Universo en su totalidad parecía no tener un fin.

Por un tiempo se investigó la posibilidad de si el Cosmos no era algo así como el "sumidero" de una gran pileta, en donde alguna clase de Hiper-Atractor atrae todas las cosas en torno suyo, tal como sucede en el caso de los agujeros negros. Esto era especialmente inquietante y para establecerlo dependían de las observaciones realizadas en diferentes zonas. En tal caso, la expansión de las galaxias sería sólo una ilusión en donde se las ve dirigirse hacia un final común. En realidad la tesis que pareció triunfar fue esta: cada Hiper-Atractor se estaba "llevando para sí" (ó tragando) inmensas regiones de espacio que, antiguamente, habían estado unidas. Este hecho mostraba entonces un Universo diferente al que se había concebido por mucho tiempo. Herreresson procede a explicar detenidamente que el Cosmos está fraccionado en infinidad de burbujas. Cada una de estas Burbujas contiene conglomerados de cúmulos y de pequeños y medianos Atractores. A su vez, existen Burbujas que están más cercanas a otras, conformando un efecto de Hiper-Atractor, si bien esta cercanía es momentánea hasta que se alejan una de otra definitivamente.

Con gran interés, el almirante interroga si este mar de Burbujas tiene límites. Desde luego esto es imposible saberlo por ahora

ya que, cuanto más incursionan en el Cosmos, más Burbujas aparecen a la distancia. Por lo visto, el Universo entonces sería una cosa mucho más grande de lo que se suponía. Ahora bien; la pregunta clave está en cuanto a la uniformidad del Universo, si es parejo o no. Las observaciones que van realizando demuestran que en el remoto pasado la materia cósmica era relativamente similar pero que, cuanto más se mira al futuro, más diferente será una Burbuja de otra. Con el tiempo existirán galaxias y conglomerados de galaxias que evolucionarán también de una forma muy distinta a la actual produciendo así sus propios modelos estelares y planetarios y, por supuesto, también diferentes modelos de vida. Thorklind lo medita largamente y reflexiona diciendo lo que ya suponen: “—Parece increíble. Estamos asistiendo a la creación de mini-universos completamente nuevos”.

Así es. Al separarse las galaxias estas también se independizan más unas de otras. Cualquier catástrofe, por muy grande que fuera, sólo afectaría a un mínimo porcentaje de ellas. El resto no recibiría influencia alguna. De esta forma, si bien el Universo da la impresión de haber sido creado esa creación no tendría un fin; se ha asegurado a sí mismo su supervivencia, atravesando sucesivos cambios que abarcan millones y millones de eones. Y después de eso nadie puede saber si no continuará todavía. De todos modos, esto plantea nuevos interrogantes: La 1ª creación parece tener un origen extra-cósmico ya que de la nada no pudo surgir algo. En cambio, esta especie de “nuevas creaciones” que dan lugar a toda una galería de mini-cosmos, ¿tienen un origen inteligente o no? ¿Es fruto simplemente de fuerzas físicas más o menos azarosas?

En este punto, la existencia misma de los Atractores era decisiva. Contrariamente a los agujeros negros su origen parecía más bien deberse a la simple distribución de la materia en el espacio. Los agujeros negros en cierto modo aniquilaban la materia, los Atractores, en cambio, contribuían a re-crearla. La flota exploró por largo tiempo algunas regiones en donde el espacio

presentaba turbulencias, dando la impresión de que se encontraban en zonas fronterizas del Cosmos. Pero esto sólo era en apariencia. Las concentraciones de materia continuaban por doquier en todas direcciones. Fue entonces que ciertas observaciones más precisas de los federales, demostraron que el espacio constituido por materia convencional SÍ parecía tener ciertos límites. En esos momentos se encontraban nada menos que a 25.000 millones de parsecs de distancia del Grupo Local de galaxias.

Aquel era el espacio plagado de turbulencias y fenómenos extraños que habían recorrido antes pero en otra región. Aún no era el límite del Universo. Más allá aún, a distancias donde las cifras ya no significaban nada, la materia simplemente tomaba otras formas y daba la impresión de que era atraída por ignotos Atractores. El almirante Thorklind dedicó mucho tiempo entonces a estas zonas. Aquí ya no existían soles sino luminosidades dispersas de origen incierto; no había planetas sino ámbitos flotantes, como alfombras en el vacío. A un lado, muy a lo lejos, quedaba el Cosmos convencional, su hogar. Del otro lado sólo se distinguían vagas luminiscencias hasta un punto que los instrumentos ya no sabían interpretar. En cierta ocasión, recorriendo las alfombras de materia durante una exploración, Thorklind se extravió y sólo a duras penas pudieron hallarlo de nuevo. Al almirante se lo veía especialmente ansioso, como presintiendo algo. Sabía que era el primero en recorrer esas regiones y tal vez ya no lo hicieran otros por mucho tiempo. Estaban, pues, frente a una oportunidad única de ver qué había más allá.

Efectivamente así fue. Se internaron hasta un punto en el cual bien podía decirse que estaban “afuera” del Universo convencional. Lo interesante es que ante ellos se extendían nuevos espacios, nuevas inmensidades donde parecían regir otro tipo de leyes físicas. Pero no se podía pensar seriamente en continuar allí por mucho tiempo más. Los instrumentos señalaban datos que parecían imposibles de creer. Así se lo hizo saber Herresson. Thorklind se mostró incrédulo.

dulo... pero así era. Los medidores indicaban que lo que tenían por delante era simplemente "algo" que los separaba de otro sector del Universo como si fuera una pared. Se imponía, por lo tanto, la pregunta: ¿En dónde termina realmente el Cosmos?

Ni siquiera el sabio Alsa-Inyi, su más cercano colaborador, parecía tener una respuesta. Sólo alcanzó a murmurar:

–Almirante, creo que nuestro universo es solamente una gota en un inmenso océano...